

La perspectiva es irreal, un tanto absurda, o cuando menos, contradictoria. La suave pendiente por la que me encamino se halla bordeada por una niebla fina que, a duras penas, deja vislumbrar los montículos que circundan el entorno. Ahora, por fin, la niebla se disipa. Ante mí, se alza un caserón de madera rodeado por árboles y musgos que se adhieren a las piedras. En el porche, rústico en extremo, un hombre de nevadas barbas se ha recostado —acostado— sobre una recia mesa. Su cabeza, alicaída hacia el respaldo de la silla, parece reposar tranquilamente. El aire huele a helecho, a humedad, a tierra acostumbrada por la lluvia. Casi todo responde a un ámbito norteño. De todas formas hay un mucho, de otras regiones. Los montes son más cerros que otra cosa y, a lo lejos, se oye traído por el viento un repique de campanas salmantinas. Me acerco. . .

— Buenas tardes. ¿Don Miguel?
 — Sí. Usted es. . .
 — Sí.
 — Siéntese, si no le importa hacerlo en un peldaño. Solamente hay una silla. Tanto tiempo ya que no venía nadie a visitarme. . .
 — No importa.
 — Muy bien, usted quería. . .
 — Hacerle unas preguntas, conversar.
 — ¿De qué?
 — De sus vivencias. Política, poesía. . .
 — ¿Poesía? ¡Ah, sí! Creo que si he sido algo, ha sido poeta.
 — No se engañe, don Miguel. Usted ha sido, sobre todo, un humanista excelente y un mal político.
 — No he intentado nunca ser político.
 — No servía. Usted sabe muy bien cómo deben ser los políticos para llegar a actuar como tales durante un período de tiempo.
 — Sí. En eso lleva razón. He sido demasiado ingenuo, demasiado abierto y orgulloso.
 — Yo creo que precisamente por esos “defectos” tan característicos de la raza, le han tildado a usted de antivasco.
 — ¿Antivasco yo? ¡Por Dios. . .!
 — Sí, es que. . .
 — No me diga más. Mi derrota en las oposiciones a la cátedra de Vascuence ante Resurrección M.^a de Azcue y mi discurso en los Juegos Florales de 1901, ¡Pero hombre. . .!
 — De todas formas, don Miguel, usted ha dejado bien patente su amor a España, su admiración por la lengua castellana. . .

De tú a tú con:

MIGUEL DE UNAMUNO

corazón y transparencia



— Y mi amor por Vizcaya.
 — Y. . . ¿por el Vascuence?
 — ¿En qué año nació usted, hijo?
 — En 1947.
 — Entonces, ¿quiere hacerme un favor?
 — Usted dirá.
 — Deje de juzgar tan a la ligera hechos acaecidos en 1900.
 — Don Miguel, ya sé que las fechas tienen importancia.
 — Sí, pero me parece que no calibra cuánta. Mire, le voy a señalar que el nacionalismo vasco, hoy día, debe —por decirlo de alguna manera— agradecer a uno de sus mayores detractores, Francisco Franco, su radicación y fortalecimiento. ¿Sabe por qué?, se lo diré. Los movimientos revolucionarios, o de asentación de estados políticos radicales, se forjan más y mejor en climas de clara opresión como el. . .
 — No siga, don Miguel. Hasta aquí, estoy de acuerdo.
 — Pues bien, allá por mil novecientos las circunstancias eran notablemente distintas a las actuales. Ahora, quizás

debido a mi carácter un tanto altivo. . .
 — Vanidoso, don Miguel.
 — ¡Vaya! No tiene usted pelos en la lengua.
 — Usted tampoco.
 — Bien, el caso es que, debido a mi forma de ser, es posible que haya cometido equivocaciones. Una de las cuales podría muy bien ser mi postura frente a la lengua materna. No obstante, pienso que la respuesta aún está en manos de la Historia. Pero, y ya que usted parece atacar mi vasquismo, le voy a referir un par de anécdotas de mi vida, por si sirven para esclarecer de alguna forma este punto. Una de ellas es que, a muy escasa edad, redacté y envié, en unión de un compañero, un anónimo a Alfonso XII amenazándole de muerte. Este hecho acaeció al final de la Guerra Carlista, contienda ésta que originó la abolición de los Fueros y la supresión de las Juntas Generales del Señorío de Guernica. Puede que esto no signifique nada para quien tenga de mí una opinión contraria, es claro que dirán que

se trataba de una niñería. Pues bien, ya anciano, me enfrenté a Millán Astrain y a un nutrido grupo de fascistas, en defensa de la inteligencia y de las nacionalidades más destacadas en España: vasca y catalana.

— Don Miguel, en realidad lo que en aquella ocasión defendió fue su inteligencia, e hizo muy bien, pero no me responde con claridad.

— Quizás sea que a usted no le gusta mi contestación.

— Puede. Sea más explícito.

— Nací en Bilbao. Siempre lo tuve a orgullo, como el ser vasco, lo que por otra parte, no me ha impedido sentirme español. Resumiendo, no he sido independentista en mi tiempo. Para serlo en el suyo, tendría que volver a nacer. Arrégleme ese problema, hijo, y hablaremos. Pero voy a decirle algo más. En 1912 pronuncié en el Ateneo de Vitoria: "Una nación que logre descentralizar su cultura en un número amplio de pequeños focos, la conseguirá variada y rica". Y también dije en Bilbao que había que vasconizar España, que era necesario dominar el castellano en su propia lengua, y lo hice. Siempre he mantenido mis convicciones sin esperar tiempos propicios.

— Yo no le negaría, nunca, autenticidad.

— Bien, pues no me complique con ese tipo de planteamientos. ¿Acaso todos los abertzales son buenos?

— Al menos, son abertzales.

— Bien, entonces le diré que no todos los buenos hombres son abertzales pero que, al menos, son buenos.

— Don Miguel, ¿no se "pique"!

— ¡Me da la gana!

— Le perjudica.

— ¡Al burro muerto...!

— Y, ¿su anhelo de eternidad?

— Está en otro campo.

— Bueno, para mí queda claro que no es antivasco, ni anti-nada que no vaya contra la honradez y la inteligencia.

— ¡Hombre, gracias!

— ¿Fue usted siempre niño?

— ¿Por qué pregunta eso?

— Es que a mi lo de su fe religiosa me suena a rabieta infantil.

Don Miguel, con sorna:

— No lo califique tan mal, hijo, puede que no sea más que afán de perdurar. O sea, vanidad bien entendida, ¿no?

— ¡Don Miguel, que esto va en serio!

— Oiga, ¿como poeta, qué tal le parece?

— Muy rudo, muy poco musical.

— ¿Sin técnica...?

— Eso quisiera usted para poder alardear de liberal en cuanto a concepción poética.

— ¿Entonces?

— Tiene técnica, pero mala. —Con sorna—, a mi modesto juicio.

— ¿Por qué es tan mala?

— Porque es muy suya; ese ha sido en definitiva su principal problema en todo. Es usted mucho con solamente ser, don Miguel. En poesía, como en otras actitudes de su vida, a pesar de su abnegada labor social, se da muy poco a los demás. Es, repito, a mi parecer, demasiado suyo.

— ¿Trabajo perdido, pues?

— ¡Que no!

— ¿Por qué no?

— Por lo que afirmó un veintiocho de setiembre Pérez de Ayala.

— ¿Qué fue lo que dijo?

— Dijo: "El deber de don Miguel de Unamuno es pensar, y pensar en voz alta". Y yo añadiría: Aunque a algunos no les guste.

— Vaya, al final va a resultar usted Unamunista.

— ¡Hombre, no tanto! Digamos que no soy anti.

— De todas formas, venido de usted, es un piropo.

— ¿Por qué?

— Porque traías muy mala uva.

— ¡Que no, don Miguel! Sólo quería aclarar algunas cosas.

— Las tienes claras.

— ¿Usted qué cree?

— Que no mucho.

— ¿Por qué?

— Porque has hablado con Unamuno, flor de contradicciones.

— No tanto. Además, siempre se aprende algo.

— Cuando se intenta.

De repente, de los lentes de don Miguel, comienza a fluir un polvo denso, una estela de tiempos en cadena, al mágico trasluz de la palabra. Hasta mis oídos llega un eco nacido del viento. Trae la gama innumerable de lo auténtico, lo firme, lo sonoro.

Bajo la vista hacia mis pies. Veo unos brotes de yerba rabiosamente verdes, enraizados. Comprendo por qué no habrá jamás tiempo ni paisaje con que adentrarme en una despedida.

PABLO GONZALEZ DE LANGARICA

